

Reseñas bibliográficas

RESEÑA DEL LIBRO *LA IGLESIA Y EL LIBERALISMO. ¿ES COMPATIBLE LA ENSEÑANZA SOCIAL CATÓLICA CON LA ESCUELA AUSTRIACA?* DE CHRISTOPHER A. FERRARA (Última línea, Málaga, 2017).

LEÓN GÓMEZ RIVAS¹

Debo reconocerles que durante varios meses he tenido encima de la mesa el libro en cuestión, sin decidir qué tipo de comentario podría escribir. Intentaré explicarlo: se trata en primer lugar casi de dos ensayos en un mismo ejemplar. Van por delante las 440 páginas de (lo que imagino debe ser, aunque no se indica) la traducción al castellano de *The Church and the Libertarian: A Defense of the Catholic Church's Teaching on Man, Economy, and State*, publicado por Ferrara en 2010. A lo que se añaden otras 120 páginas del *Apéndice a la Edición Hispana: la Iglesia, el liberalismo y la Escuela de Salamanca*, escrito por Daniel Martín Arribas, autor además del «Comentario del texto y apoyo a la traducción».

Ambos textos comparten una postura, a mi juicio, demasiado crispada en torno a los dos argumentos que entiendo quieren defender: mostrar la posición antropológica de la Escuela Austriaca de Economía (EAE) como incompatible con el *ethos* cristiano (por un lado), y presentar la contradicción de la conocida Escuela de Salamanca con esa lectura que, desde el liberalismo, postulan (también —pero no solo ellos—) los seguidores de Mises y Hayek. El dibujo de la portada es un buen botón de muestra: dos frailes en primera plana; uno con un saco lleno de monedas y el otro con un medallón en forma de dólar [\$] colgado del cuello. Al fondo, la estatua de la libertad y el Cristo del Corcovado se juntan en una especie de abrazo.

¹ Profesor Titular, Universidad Europea de Madrid: leon.gomez@universidadeuropea.es

Christopher Ferrara es un intelectual bien conocido en los EE.UU. Columnista habitual, fundador de la Asociación Americana de Abogados Católicos, y autor de más libros. No quiero detenerme en una descripción que suele aparecer junto a su nombre: la de un católico *tradicionalista*. Procuero respetar la libertad de los creyentes, para acomodar su vida religiosa y creencias en el entorno que consideren más adecuado: así, la Tradición es uno de los fundamentos teológicos más importantes de la religión cristiana. Que en algunas ocasiones se utiliza con cierto aire despectivo en nuestra sociedad secularizada. También ocurre que hay católicos menos dispuestos a aceptar los cambios que necesariamente ocurren con el paso del tiempo, o sencillamente no admiten opiniones distintas de las suyas; y lo expresan con una acritud que personalmente no comparto (por ejemplo, miren unos dibujos del Papa Francisco y varios cardenales en la portada del 31 diciembre de la revista-web donde suele escribir Ferrara: <https://remnantnewspaper.com>).

Sería demasiado prolijo (e inútil) tratar de resumirles su contenido, confrontando aquellos puntos —son muchos— que me parecen incorrectos; pero vamos a ensayarlo rápidamente. Consta de cuatro partes: (1) una descripción del «movimiento austrolibertario» diría que breve y muy simplista; (2) el extenso alegato «austro-libertarismo contra Ecclesiam», que podríamos identificar *grosso modo* con el conocido libro *El liberalismo es pecado*: una obsesión por considerar inmoral cualquier defensa de la libertad en el orden político y económico; (3) un empeño por fundamentar estas opiniones (que son respetables, pero también pueden ser discutidas) en el Magisterio de la Iglesia Católica. A lo que añadiremos un cuarto apartado, que corresponde al texto de Daniel Marín: «La Iglesia, el liberalismo y la Escuela de Salamanca». Su objetivo sería desarrollar una idea ya expresada por Ferrara en el capítulo 10.2 «El abuso de los escolásticos tardíos». Se trata de mostrar una lectura de los maestros salmantinos completamente opuesta a la que expresaron Marjorie Grice-Hutchinson o Josep Schumpeter, y que ha concitado un enorme consenso académico: porque, efectivamente nuestros Doctores intuyeron los principios básicos de un orden social libre, a partir de su comprensión teológico-moral de la libertad humana.

Como vengo repitiendo, todo este ámbito de la ciencia económica y política es algo completamente abierto al debate y a la confrontación de opiniones. Hasta donde sé, el Magisterio de la Iglesia Católica recuerda la necesidad de respetar los fundamentos antropológicos de la persona, su acción moral y su vida espiritual: pero no precisa cuál deba ser el porcentaje exacto de imposición fiscal (estoy exagerando, claro) compatible con la fe... Así, hay cristianos más o menos *liberales*, más o menos cercanos a la EAE y, dentro de ella, más o menos conformes con posturas anarcocapitalistas: entre ellos cabe una discusión racional y educada (basta con que lean esta Revista) que en ocasiones puede resultar más convincente para alguno de los disputantes.

En este marco, se deben exigir —al menos— dos condiciones: la coherencia, y el respeto al contrario. Algo que lamento echar en falta en ciertas partes de nuestro libro: por ejemplo, en la misma «Introducción del autor» me ha sorprendido leer su aspiración a «no excomulgar a nadie de la Iglesia Católica» al mismo tiempo que pocas líneas después sitúa a los seguidores del libertarismo «en oposición abierta al Magisterio de la Iglesia». Ésa no es manera de iniciar un debate; tampoco personalizando demasiado en lo que llamamos una crítica *ad hominem*: particularmente agresiva contra Tom Woods, Alex Chafuen, Murray Rothbard, Michael Novak, etc. en el texto de Ferrara. O con tantos escritores de habla hispana cercanos a la EAE, en el Anexo de Daniel Marín.

¿A dónde quiero ir a parar con este comentario *atípico*? Pues a no recomendarles la lectura del libro reseñado: pienso que no gustará a los simpatizantes de la Escuela Austriaca, por la manifiesta hostilidad que rezuma; tampoco a los cristianos/católicos que compartan un enfoque liberal (no necesariamente austriaco) de la economía. Por el contrario, creo que es una lectura reconfortante (aunque inane en lo académico) para los enemigos de la fe y la libertad; incluyendo aquí a toda esa corriente de «cristianos por el socialismo» que tanto peso han tenido en muchos entornos clericales. La verdad, me sorprende que personas con una buena intención que no discuto, como es el caso de C. Ferrara, acaben orientando a sus lectores hacia posturas político-económicas contrarias a los ideales religiosos que estoy seguro él mantiene en su vida personal. Por hablar de nuestro país, esta España tan

desmoronada en sus valores y *tradiciones*, me atrevería a decir que libros como el que estamos comentando son precisamente los que acercan a algunos creyentes a partidos diametralmente opuestos al ideal de la Iglesia Católica: su crítica a ese «malvado capitalismo» les deja en los brazos de un materialismo inmanente, cerril y virulentamente antirreligioso... Creo que deberían considerarlo despa-cio.

Por ejemplo, comparándolo con una obra reciente sobre la que escribo en esta misma revista: el excelente libro del sacerdote Martin Rhonheimer, editado por el Centro Diego de Covarrubias con este sugerente título: *Libertad económica, capitalismo y ética cristiana (Ensayos para un encuentro entre economía de mercado y pensamiento cristiano)*. Me ha parecido una publicación casi *providencial*: con un argumento sólidamente académico, van a encontrar justamente las respuestas a una supuesta incompatibilidad entre «la enseñanza social católica y la Escuela Austriaca». De éste sí que les recomiendo su lectura.

RESEÑA DEL LIBRO *MEMORIA DEL
COMUNISMO. DE LENIN A PODEMOS* DE
FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS (La esfera
de los libros, 2018, 734 páginas).

JUAN ANTONIO GREGORIO MARTÍNEZ DE LOS REYES

Memoria del comunismo es el último libro escrito por el periodista y locutor español Federico Jiménez Losantos. Dicho libro no es un estudio histórico pormenorizado de las consecuencias de la implantación de un régimen comunista en un determinado país, es un profundo análisis del comunismo, su procedencia, de sus protagonistas y de cuáles son las consecuencias para las personas que lo padecen. Como afirma el propio autor: «el comunismo es demasiado importante como para dejarlo en manos de los historiadores». La justificación que ofrece para la afirmación anterior radica en que lo importante no es si la caída del PIB es mayor o menor o cual es el método de acabar con la oposición en cada caso, lo verdaderamente importante del comunismo es la pobreza que genera y los muertos que le acompañan, independientemente del proceso.

Uno de los aspectos que pueden resultar de mayor interés para los lectores de la revista *Procesos de Mercado* son las referencias que aparecen a la Escuela Austriaca de Economía, concretamente a Ludwig von Mises, y a la Escuela de Salamanca o Española. El libro contiene una importante crítica a uno de los más importantes economistas del siglo XX y de la Escuela Austriaca, Mises. Le achaca el carácter puramente teórico y económico de su crítica al socialismo en su libro publicado en 1922, *El Socialismo*. En parte Jiménez Losantos lleva razón, lo peor del comunismo son sus víctimas, los muertos y todas las personas que sin perder la vida padecen un régimen totalitario que elimina la libertad de los individuos y los conduce a la mayor de las miserias. Sin embargo, es comprensible la posición del economista austriaco ya que intenta demostrar, y lo consigue, que ningún régimen que elimine la

propiedad privada y la libertad de los individuos puede conducir a buen puerto. De hecho, la única vía para eliminar la propiedad en favor del conjunto, es decir, quitarle al individuo lo que es suyo para dárselo al conjunto, o sea, al estado, es la privación de la libertad y, en su último escalón, el asesinato.

Asimismo, también resultan de gran interés las referencias que se hacen sobre la Escuela de Salamanca o Española. Dicha escuela está formada por un grupo de teólogos españoles que, desde Francisco de Vitoria, desarrollan una defensa de lo que hoy podríamos llamar principios liberales desde una perspectiva católica. Estos estudiosos de las ciencias sociales no dejan ningún tema de lado y son muchos los avances que realizan, pero que no les son totalmente atribuidos. Desde la condena a la reserva fraccionaria (tema muy debatido entre los lectores de esta revista), al desarrollo de la teoría subjetiva del valor, la naturaleza dinámica del mercado o el efecto distorsionador que implica la inflación en la economía. Aparecen citados muchos de sus miembros (Sarabia de la Calle, Juan de Lugo, Martín de Azpilicueta entre otros), pero, sin duda, lo que adquiere gran valor e interés es la pequeña biografía del jesuita Juan de Mariana.

Volviendo al tema central del libro, sabemos que el comunismo o socialismo radical es un error desde una perspectiva teórica que no puede funcionar y que, por tanto, lleva a las sociedades que lo padecen al mayor de los desastres económicos. Sin embargo, la teoría se ha visto superada por la realidad, como suele ocurrir, y cuando distintos sujetos han intentado poner en práctica el comunismo el resultado siempre ha sido el mismo: la matanza indiscriminada de grandes grupos de personas. No es objeto de esta breve reseña hacer un recuento de las víctimas del comunismo, pero no se puede dejar de citar a las víctimas de Lenin y Stalin, asesinadas por medio de hambrunas provocadas por los gobernantes o por la matanza a través de los gulags. Tampoco debemos olvidar a los muertos en el aun existente régimen comunista de China, ni a todos los muertos en Camboya o Latinoamérica, ni a todos los muertos en las checas durante la Guerra Civil española.

Pero, tal y como afirma el propio Jiménez Losantos, tan reprochable y condenable es implantar un régimen comunista como defenderlo desde fuera o simplemente no condenarlo, que es lo que

han hecho en muchas ocasiones multitud de socialistas. Quizá, uno de los nombres más importantes en la implantación del régimen soviético fue el de Boris Souvarine. Tras el golpe de estado de 1917, algunos socialistas rusos que habían conseguido huir del terror revolucionario convocaron en Francia una conferencia para explicar al resto de socialistas lo que estaba ocurriendo en Rusia. Se produce una gran sucesión de relatos sobre los crímenes que cometían los bolcheviques, así como la desaparición de cualquier forma de libertad. Es en este momento cuando surge la figura de Souvarine que, siguiendo las órdenes de Lenin, dificulta la condena pública por parte de los socialistas allí reunidos de lo que estaba ocurriendo bajo la dictadura bolchevique. El resultado de aquellas conferencias fue una reprobación de lo que estaba sucediendo en Rusia, pero descartando cualquier intervención para acabar con ello. Sin embargo, Souvarine no ha sido el único y todavía hoy, 100 años y más de cien millones de muertos después, el comunismo no ha sido condenado por gran parte de la izquierda, que se niega a equipararlo con el nazismo. La consecuencia son los regímenes de Corea del Norte, China, Cuba, Venezuela, ...

Para concluir la reseña, y sin ánimo de ser exhaustivo, debo destacar dos relatos concernientes al comunismo en España. El primero es el asesinato de religiosos, católicos y personas de derechas durante la Guerra Civil en territorio de la República. Jiménez Losantos rescata una enorme lista de todas las checas de Madrid elaborada por investigadores del CEU, así como narra la matanza de varios miles de católicos en Barcelona durante las primeras semanas de la guerra. El segundo relato de gran interés hace referencia al latrocinio perpetrado por Juan Negrín y otros miembros del bando republicano. Destaca el robo del oro del Banco de España, el Museo Numismático, las cajas del Monte de Piedad, etc.

En conclusión, el libro escrito por Jiménez Losantos hace un profundo análisis del comunismo en el que muestra sus consecuencias, muerte y miseria, y como ha conseguido permanecer después de cien años: con el silencio cómplice o, incluso, la justificación de los crímenes por muchos socialistas en defensa del «bello ideal».

RESEÑA DEL LIBRO
ESCOLIOS A UN TEXTO IMPLÍCITO,
DE NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA
(Editorial Atalanta, Gerona 2009,
1407 páginas)

JESÚS HUERTA DE SOTO

A lo largo del año 2017 he leído, con gran deleite intelectual y aprovechamiento, los más de 11.000 aforismos escritos a lo largo de su vida por el erudito colombiano Nicolás Gómez Dávila (1913-1994), e incluidos en un libro que tituló enigmáticamente *Escolios a un texto implícito*. Agradezco especialmente a mi alumno y discípulo Juan Perea que me obsequiara esta obra que he leído de un tirón empezando por la última página y terminado por la primera (la naturaleza del texto, que no es sino una serie de muy cortos aforismos — de una o dos frases la mayoría de ellos — ha hecho posible esta excentricidad que deseaba satisfacer desde hace muchos años).

La verdad es que aunque Gómez Dávila siempre se calificó de «reaccionario» y muchos de sus aforismos dejan entrever un gran desprecio por el liberalismo que él califica de «burgués», no es menos cierto que muchos otros manifiestan tal desconfianza hacia el poder político y sus nefastas consecuencias que bien podrían calificarle de «reaccionario» si, pero sensiblemente anarco-capitalista (o, si se prefiere, con feliz expresión de mi amigo el padre Ripoll «anarcotradicionalista»).

Veamos, por vía de ejemplo, algunas de estas reflexiones del gran pensador Colombiano:

- El estado paternalista es abominable, la sociedad paternalista es admirable (p. 1389).
- Donde no sea consuetudinario el derecho se convierte en simple arma política (p. 1381).

- El estado democrático es la herramienta por medio de la cual las mayorías oprimen primero a las minorías y luego se oprimen a sí mismas (p. 1374).
- La izquierda pretende que el culpable del conflicto no es el que codicia los bienes ajenos sino el que defiende los propios (p. 1370).
- Lo único que garantiza un buen gobierno es una estructura política y social que solo permita gobernar poco (p. 1369).
- La regla de oro en política está en no hacer sino cambios mínimos con la mayor lentitud posible (p. 1365).
- Donde la acumulación de riquezas no tiene causas políticas sino económicas, los pobres son menos pobres cuando los ricos son más ricos (p. 1363).
- La historia claramente demuestra que gobernar es tarea que excede la capacidad del hombre (p. 1345).
- La mayoría de tareas que el gobernante típico de este siglo se cree obligado a asumir no son más que abusos de poder (p.1340).
- La condición sine qua non de la libertad, tanto para proletarios como para propietarios es la existencia de la propiedad privada (p. 1334).
- Soberanía del pueblo no significa consenso popular sino atropello por una mayoría (p. 1312).
- Solo es barrera al despotismo el derecho consuetudinario (p. 1311).
- Pedirle al estado lo que solo debe hacer la sociedad en el error de la izquierda (p. 1294).
- En el estado moderno las clases con intereses opuestos no son tanto la burguesía y el proletariado como la clase que paga impuestos y la clase que de ellos vive (p. 1286).
- Socialismo nacional es la definición exacta de nacionalsocialismo (p. 1255).
- Es menos peligroso entregarle el poder a dementes que a técnicos: de dementes, en efecto, podemos esperar instantes de lucidez (p. 1125).
- «Totalitarismo» es la realidad empírica de la «voluntad general» (p. 1084).
- La democracia desmoraliza a la moral misma (p. 955).
- Errar es humano, mentir democrático (p. 875).

- Para escandalizar al izquierdista basta decir la verdad (p. 853).
- «Justicia social» es el término para reclamar cualquier cosa a que no tengamos derecho (p. 850).
- «Social» es el adjetivo que sirve de pretexto a todas las estafas (p. 814).
- Quien reconozca la soberanía del pueblo ha legitimado anticipadamente los atropellos de que será víctima (p. 798).
- Una ciencia se vuelve experimental cuando renuncia a explicar (p. 755).
- El mecanismo electoral no es sedante de las discrepancias ciudadanas, sino estimulante peligroso (p. 770).
- La actividad política lesiona los tejidos más finos de la inteligencia (p. 748).
- Orden es lo que resulta espontáneamente de una norma. No lo que unas reglas imponen (p. 740).
- El revolucionario es, a la postre, un individuo que no se atreve a robar solo (p. 681).
- Ninguna clase social ha explotado más descaradamente a las otras que la que hoy se llama a sí mismo «Estado» (p. 596).
- La democracia es el régimen político donde el ciudadano confía los intereses públicos a quienes no confiaría jamás sus intereses privados (p. 581).
- Por justicia social se entiende dar a cada uno lo que no es suyo (p. 555).
- Los tres enemigos del hombre son: el demonio, el Estado y la técnica (p. 514).
- La primera revolución surgió cuando se le ocurrió a algún tonto que el derecho se podía inventar (p. 506).
- La inmoralidad del gobernante es la última protección del ciudadano contra el creciente poder del Estado. Del prevaricador se puede esperar compasión, pero no del doctrinario (p. 404).
- En las ciencias sociales se acostumbra a pesar, contar y medir, para no tener que pensar (p. 314).
- Civilización es lo que un milagro salva del celo de los gobernantes (p. 226).
- La ley es la forma jurídica de la costumbre o atropello de la libertad (p. 221).

- El político necesita convencer al pueblo de que todos los problemas son «sociales» para poder esclavizarlo (p. 118).
- La política sabia es el arte de vigorizar a la sociedad y debilitar al Estado (p. 86).
- A medida que el Estado crece el individuo disminuye (p. 78).

Que sirva esta brevísima selección como botón de muestra de un libro notabilísimo e inspirador que ningún amante de la libertad debería dejar de leer.

Jesús Huerta de Soto

RESEÑA DEL LIBRO *LES DETTES
PUBLIQUES À LA DÉRIVE. ANATOMIE
D'UN MONDE FINANCIÈREMENT FRAGILISÉ.*
VARIOS AUTORES (Eyrolles, París, 2018)

FERNANDO G. JAÉN COLL¹

I

TEMEROSOS DE LAS DEUDAS PÚBLICAS

Le Cercle Turgot es, en Francia, el Círculo que lleva el nombre del eminente Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781), ministro de Hacienda de 1774 a 1776, economista y alto funcionario público, al que el profesor Alessandro Roncaglia (en su *Breve historia del pensamiento económico*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017), sitúa de puente entre los fisiócratas y Adam Smith y le considera hombre de la Ilustración que atribuye un papel importante al capital y a los empresarios capitalistas.

Este Círculo está formado por expertos del mundo de las finanzas, dirigentes de empresas e instituciones financieras y profesores universitarios, y ha publicado, en marzo de 2018, un libro monográfico con la contribución de varios autores: *Les dettes publiques à la dérive. Anatomie d'un monde financièrement fragilisé* (Eyrolles, París, 2018), que es título alarmante, reforzado por el subtítulo, que forzosamente ha de atraer al lector de formación económica interesado en la situación económica presente, aunque también suscitará el interés del empresario consciente del entorno económico e incluso del ciudadano que se toma en serio la realidad económica que le circunda, así sea, porque acaba traducándose en impuestos que habrá de pagar.

¹ Doctor en Economía. Profesor Titular del Departamento de Economía y Empresa de la UVIC-UCC.

Que hay fundamento para tratar el asunto de las deudas públicas, se puede ver en el gráfico siguiente, tomado de la publicación del Fondo Monetario Internacional:

CUADRO N.º 1
DEUDA PÚBLICA BRUTA



Fuente: Estimaciones del personal técnico del FMI.

Nota: WEO = *Perspectivas de la economía mundial*.

¹Los datos más recientes sobre Japón reflejan las revisiones metodológicas exhaustivas adoptadas en diciembre de 2016.

²Los datos hasta 2000 excluyen Estados Unidos.

³Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido.

Fuente: FMI, *Perspectivas de la economía mundial*.

Tras la II Guerra Mundial, la deuda pública bruta agregada de las principales economías avanzadas (tal y como quedan fijadas en las notas al pie del gráfico, o sea, sin contar con EE. UU. hasta el año 2000, y sin que computen las deudas de, por ejemplo, España, Italia y Grecia), fue reduciéndose, desde el nivel de 110% del PIB aproximadamente, hasta la primera crisis del petróleo, en los años 70, en que se situaría en el 30% aproximadamente, para retomar la senda alcista con un descenso en el período previo a los primeros

efectos de la crisis de las subprimes, hasta situarse en el 120% aproximadamente ya adentrados en la crisis.

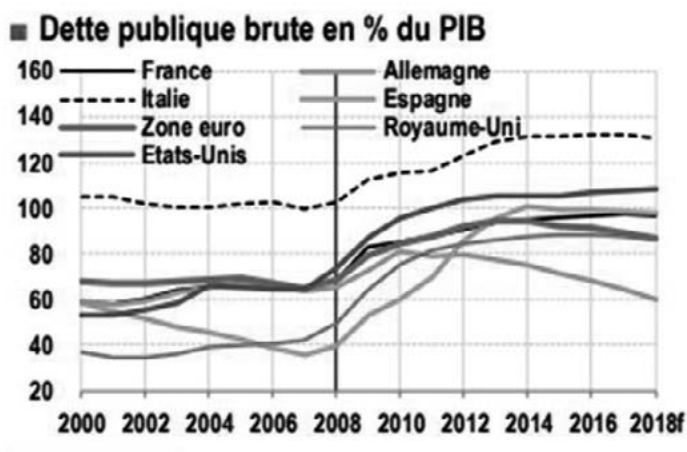
Este libro del Círculo Turgot empieza con un prefacio de Michel Pébereau, inspector de hacienda y presidente del grupo bancario francés BNP desde 1993 hasta 2011, y fue redactor, en el año 2005, de un informe sobre la deuda pública en Francia, por lo que no es de extrañar que en el prefacio se centre en este país, resaltando el aumento de la deuda pública, que fue el 20% del PIB en el año 1980 y está alcanzando el 100% cuando escribe, con un Estado en déficit de sus cuentas desde el año 1974. Los déficits de las Administraciones públicas, son el resultado de la resta entre ingresos y gastos, y, en esta tesitura, él atribuye la causa del déficit, no a la insuficiencia de ingresos, sino al gasto público excesivo (57% del PIB), que sitúa a Francia en el dúo de cabeza de la OCDE, afirmando que la experiencia indica este nivel de gasto no genera ni crecimiento económico ni empleo, por lo que deduce que está en la conveniencia de Francia reducir su gasto público. Otro aspecto importante sobre el que se pronuncia es el del borrón y cuenta nueva de la deuda pública que proponen algunos al modo de países latinoamericanos, y que él considera que significaría la pérdida de uno de los activos diferenciales más importante: el estado de derecho, de la propiedad, de los contratos y de los tribunales independientes para hacerlos respetar.

Pasemos a la introducción, en la que el presidente y fundador del Círculo Turgot, Jean-Louis Chambon, toma como eje de su texto las ideas de Turgot (para adentrarse en él, véase el libro de Paloma de la Nuez, por mí reseñado: *Turgot, el último ilustrado*, en SYN@PSIS nº 52, mayo-junio de 2011). Toma la expresión concisa de éste al ser recibido por el rey el 25 de agosto de 1774: «Ni bancarrota, ni aumento de impuestos, ni empréstitos», sólo queda la reducción del gasto y añadir reformas estructurales. El rey se deshizo de él tras 20 meses y 18 días desde su nombramiento como «Contrôleur général». El autor de la introducción adopta las ideas mencionadas y coincide con Michel Pébereau en que la solución propuesta debe ser la reducción del gasto público, si bien insistiendo en las reformas estructurales.

El resto de textos se encuadran en las tres partes sustanciales del libro: La parte 1, dedicada a las enseñanzas del pasado y al análisis teórico, con tres capítulos, a saber: El primero, de Frédéric Burguière, se centra en la experiencia japonesa de anulación de deudas por diversas vías a lo largo de su historia, capítulo de sumo interés y que merece que el lector le preste atención, no en vano alcanzó un ratio de deuda del 250% sobre el PIB y su estado es el más endeudado del mundo por encima del 6% sobre el PIB en promedio durante desde hace veinte años, y el Banco de Japón fue el primero en practicar una política monetaria no convencional, en marzo de 2011 (p. 25). El segundo, de Jean-Jacques Pluchart, presenta los paradigmas del endeudamiento público, repasando sucintamente las doctrinas liberal, keynesiana, la equivalencia ricardiana y el retorno a la «regla de oro», así como los diversos tratamientos que se majean para acometer el problema de la UE y su deuda, los instrumentos monetarios no convencionales y la tentación de medidas más radicales para dominar la deuda pública tras la crisis de 2007, concluyendo que, tras tres siglos de reflexiones teóricas y experiencias prácticas, seguimos sin lograr una solución de consenso. El capítulo tercero, responde a la pregunta que le da título: «¿Tienen eficacia las reglas presupuestarias? Francia frente a los criterios domésticos y europeos», en el que el autor, Bernard Schwengler, nos facilita cuadros con la evolución de la deuda pública de los principales países de la UE, Japón y EE. UU., mostrando los cortes, para él significativos: años 1995, 2007 y 2014, en los que se ve que varios países redujeron considerablemente sus niveles relativos de deuda pública entre 1995 y 2007, período en el que Alemania, Francia y Japón aumentaron su deuda pública sobre el PIB.

Permítaseme una nueva intrusión aportando un gráfico reciente facilitado por la BNP Paribas, que puede serle útil al lector a modo de complemento y contraste:

CUADRO N.º 2
DEUDA PÚBLICA BRUTA EN % SOBRE EL PIB



Fuente: BNP Paribas. W. de Vijlder en ECOFLASH, 20 septiembre 2018.

Del año 2000 al inicio de la crisis, se mantienen más o menos los niveles de endeudamiento público (excepto España, que reduce considerablemente su deuda pública, desde el 60% del PIB hasta por debajo del 40%), pero con la crisis se disparan en todos los países considerados, excepto Alemania.

Pasemos a las reglas presupuestarias adoptadas por los países, que pasó de 5 en el año 1990 a 96 en 2015, que el autor nos define y aclara, distinguiendo las que tienen naturaleza jurídica de las que la tienen política, pasando a analizar su eficacia en el caso de Francia, en dos vertientes: las reglas europeas y las nacionales, tratando someramente las principales (entre las europeas: la del 3%, la del equilibrio a medio plazo y el límite al endeudamiento, señalando sus puntos débiles de carácter general). Las reglas domésticas francesas, las pasamos por alto aquí por no ser de interés general, pero el lector interesado en comparaciones puede acudir al libro.

La parte 2 lleva por título «Un mundo que abusa de la deuda», comprendiendo los tres capítulos siguientes: el cuarto, de Jean-Claude Gruffat, de extenso título, dedicado a los EE. UU., a su

sistema fiscal, descrito sucintamente pero con gran claridad y al que califica de complejo y arcaico, con un Código de impuestos que supera las 2.600 páginas, resaltando que tanto demócratas como republicanos no se deshacen de las inercias del gasto público y comparten la responsabilidad del aumento de los déficits. Los gastos del Gobierno federal fueron inferiores al 5% del PIB desde la creación de los EE. UU. hasta la Gran Depresión de 1930, con excepciones como su guerra civil y la I Guerra Mundial; en el año 2008, alcanzó el 25%. También nos ofrece un breve recorrido por la historia de la deuda americana desde sus orígenes, en que empezó con un 30% del PIB, cumpliendo sus pagos. Con las administraciones de Roosevelt y Truman, en la II Guerra Mundial, alcanzó el 112%, pasando la deuda federal de 3.300 millones de dólares en el año 2001 a 12.000 millones de dólares en el año 2013 y superior a los 20.000 millones después. En el capítulo quinto, Isabelle Job-Bazille, se plantea si el volumen de las deudas europeas es un obstáculo a la integración de la Unión, por más que a mí me asalte la duda de si es correcto considerar buena dicha integración. Nos resume los mecanismos de la UE puestos en marcha tras la crisis de 2008, aceptando que hubo «una insuficiencia crónica de regulación y de supervisión.» (p. 115), opinión que siempre se puede decir, pues siempre habrá alguna insuficiencia, pero que, en términos generales, no comparto. Otra cosa es la supervisión, la responsabilidad de los Bancos centrales, a los que nadie ha pedido cuentas (por más que haya sinceridades bochornosas, como la del exgobernador del Banco de España, Miguel Ángel Fernández Ordóñez: «A mí, lo que me divierte es ver lo que no se ve. Y es verdad que no vi el tema bancario» (Entrevista concedida a El Confidencial, 2018-09-16) ¡¿Cómo es posible que un gobernador del Banco de España «no viera el tema bancario»?!). La autora recoge las diferentes vías de absorción de la deuda de la Unión con el menor dolor posible, entre los que están las transferencias de los ahorradores hacia los deudores (en este caso el Estado, p. 125), con el juego de los tipos de interés reales negativos. El capítulo sexto es de interés manifiesto. Jean-Luc Buchalet y Christophe Prat nos adentran en la deuda China y en su economía. Los autores sitúan la deuda china en 277% del PIB en 2016 (cuando era el 151% del PIB en 2006), siguiendo a l Banco UBS citado a pie de página 137, atribuyendo el 68% al

Estado central y las administraciones locales, 45% las familias y 164% las empresas. Deuda ampliamente en manos de inversores domésticos y protegida con unas reservas de cambio de 3.000 millardos de dólares (p. 140). Los desequilibrios de la economía China son diversos, por ejemplo: el 10% de las familias más ricas poseen el 84% del total de activos (p. 152); en tanto la población china es el 19% de la población mundial, mientras que el consumo familiar es tan sólo el 10% del mundial, con un peso relativo en la economía china de tan sólo el 39%; sin olvidar que el endeudamiento de sus empresas en relación al PIB es el más elevado del mundo, y el endeudamiento local preocupante (en los municipios y condados, aumentó un 31% entre 2010 y junio de 2013). El autor menciona los cálculos de Liu Haiying que hacen pensar en el parecido a una pirámide de Ponzi. Crecimiento de la masa monetaria M2, pasando del 82% del PIB en 1990 a 195% en 2010, y proviene, no de la creación monetaria del Banco central, sino de la explosiva demanda de crédito de las regiones. Sobreinversión y caída de la tasa de rendimiento del capital, que según Bai Zhongen, y confirmadas por Liu Haiying, ha pasado de ser 15,7% en 1993 a 2,7% en 2012 (p.149). Aunque el autor reconoce que los optimistas han llevado la razón en cuanto al aterrizaje suave de la economía china, bien pudiera haber una crisis larvada, que da título del último epígrafe antes de las conclusiones. A modo de complemento, el lector puede leer el monográfico *Géopolitique de la Chine* de la revista DIPLOMATIE (Les grands dossiers n° 45, junio-julio 2018).

Y entramos ya en la Parte 3, titulada «¿Qué cambia el Quantitative Easing?», empezando por el capítulo siete, «El Quantitative Easing y la financiación de la economía», por Vivien Levy-Garboua y Gérard Maarek, que parten de dos afirmaciones muy al uso: 1) que el Quantitative Easing (QE, en adelante) inyecta una enorme cantidad de liquidez y 2) si eso no se produce, es porque los bancos no la reinyectan. De la primera nos dicen que es falsa y de la segunda que es doblemente errónea. Contraponen tres aseveraciones: 3) que el éxito del QE depende del comportamiento del sector no financiero y en primer lugar de la demanda de crédito [yo añadiría «solvente» o, al menos «atendida»], y que, de ser muy débil, puede resultar contraproducente el QE; 4) al abandonar el QE, el éxito dependerá del grado de confianza de los actores

económicos y de la capacidad del Banco central de guiar el proceso; 5) la QE es, ante todo, una política de acción sobre los tipos a largo plazo, con la finalidad de abaratar a los Estados el pago de la deuda pública, y tras estas afirmaciones, el resto del capítulo es la argumentación técnica que soporta su opinión sobre las cinco afirmaciones. El penúltimo capítulo, el octavo, de Hubert Rodarie, se intitula «El «canto del cisne» de los sistemas de gobierno macroeconómicos «modernos»», y su mérito principal está, a mi entender, en poner sobre el tapete la responsabilidad de los Bancos centrales en el origen de la crisis, al igual que señala que tras diez años de probar la ZIRP (Zero Interest Rate Policy) y la QE, ha tenido efectos limitados en el fondo; proclama la necesidad de una nueva óptica sobre la deuda pública, calificándola de «reliquia bárbara» cuando los tipos son cero o negativos, asemejándola a la función del oro, que no produce nada y sólo su incorruptibilidad le permite ser un valor propiamente hablando (p. 193); también plantea la posibilidad de borrar la deuda pública en manos del Banco central, analizando posibles consecuencias, una vez reconocida la monetización de la deuda, para dedicar sus últimas páginas a von Mises en relación al cálculo económico y su distorsión por la ZIRP y la QE; tal vez, para comprender mejor sus propuestas convenga acudir a sus libros: *La Pente despotique de l'économie mondiale* (Salvator, 2015) y *Dette et Monnaie de singe* (Salvator, 2011). El último capítulo, el noveno, «La demanda de deuda soberana y la puesta en cuestión del estatuto de «activo seguro»», por Jean Boissinot, nos sugiere una hipótesis original: la crisis como producto de la demanda de activos «seguros», al modo de la formulada por Ben Bernanke cuando las crisis asiáticas de 1997-1998, al ver que el aumento del tipo de interés de intervención a corto por la FED del 1% al 3% a partir de 2004, no dejaba inalterados los tipos a largo plazo, sugirió que podía ser fruto de una demanda creciente de títulos «seguros» proveniente de esos países principalmente (nota 1, pág. 207). Resultaría que la escasez de títulos de deuda pública conduciría al sistema financiero a crear sucedáneos de «activos seguros», que serían sucedáneos imperfectos de aquellos, de manera que la crisis podría explicarse a partir de esa creación por medio de la titulización», si bien, luego vendría la pérdida de valor como tal (dejarían de ser« activos insensibles a la información, que sería definición

moderna de activo seguro) y luego los inversores buscarían refugios en «activos seguros» más robustos, y, vista la aversión al riesgo, los bancos centrales adquirirían estos títulos en el marco de la QE para inducir a los inversores a asumir riesgos. No me convence, para empezar porque la crisis no empezó por la deuda pública, que ha venido a ser consecuencia para salvar el sistema; y tampoco me queda claro que hubiera necesidad de títulos sustitutos de deuda pública segura, para al primer susto de la crisis los inversores se pusieran a buscarla (cuando se supone que escaseaba hasta el punto de haberse creado los sucedáneos).

Y ya nos queda sólo abordar las conclusiones, elaboradas por Frédéric Burguière. Recogiendo algunas de las ideas expuestas por los diversos autores en sus respectivos capítulos, traza un panorama moderadamente sombrío: la deuda acumulada (del 59% en 2008 a 94% en 2015, según el Banco Mundial) y la continuidad de los déficits, inclinan al pesimismo frente a una próxima recesión; modera el alarmismo la adopción del QE por la Tríada (USA, Japón, UE) y el manejo original de las reservas de cambio que ha mostrado China. Equilibrio frágil que se sustentará en la monetización de la deuda pública, empujando a la recomposición de las carteras hacia activos más arriesgados con la alternativa para los ahorradores de mantener altos niveles de liquidez no remunerada, con pérdidas importantes del valor de su capital en el horizonte. Déjese me decir con simpleza: la crisis generada por los deudores, la tienen que pagar los ahorradores, mayor contrasentido imposible... salvo que aceptemos que la economía es manejo de los asuntos por los poderosos, como viene siendo a lo largo de la historia de la Humanidad; eso sí mediante discursitos convincentes y técnica que enmascare la realidad a ojos no avisados. Que se denomine «eutanasia del rentista» (Keynes), o no, a la erosión de la renta derivada de las inversiones de los fondos de pensiones, por ejemplo, no empecé que lo que puedan percibir quienes han confiado su dinero a dichos fondos reciban menos de lo esperado, incluso puede que menos de lo que guardaron, así el autor de las conclusiones señala que «los rentistas de la primera mitad del siglo XX han visto efectivamente desaparecer su capital en una cuarentena de años, mientras que ellos esperaban vivir de sus rentas» (p. 225). Nadie deberá sorprenderse de que la clase media se oriente políticamente a favor

de los llamados «populismos» cuando ya empieza a percatarse de que va a ser expoliada.

PETER BERNHOLZ, *TOTALITARIANISM,
TERRORISM, AND SUPREME VALUES:
HISTORY AND THEORY.*

(Springer, Heidelberg 2017,
XII + 160 páginas)

Reseña presentada en *Public Choice*, 2018,
vol. 176, nº 3, pp. 567-571

ARYE L. HILLMAN

Durante algún tiempo, Peter Bernholz ha escrito acerca de los valores supremos. En el prefacio de su libro, nos habla de haber sido informado por el editor de una revista de que no tenía el «valor» de publicar un documento que le había presentado refiriéndose a los valores supremos. Debido a ello, nos enfrentamos con curiosidad a la aparición del libro. Bernholz parece haber estado sometido a una exclusión académica (como le sucedió a otros autores — véase Hillman y Ursprung 2016). ¿Escribió Bernholz algo de lo que el editor pensaba que la gente no quería oír, una verdad desagradable, desafiando lo que permite decir la corrección política? Después de seguir leyendo el libro, comprendemos por qué le hacía falta al editor de la revista el «valor» que afirmaba no tener. Supongamos que creemos que la buena voluntad resuelve todos los problemas y que se puede llegar siempre a compromisos con los adversarios por medio de diplomacia y negociaciones, y que es suficiente hacer concesiones para dar lugar a concesiones recíprocas de los demás. Podríamos creer en la posibilidad de la resolución de conflictos a través de la buena voluntad, porque somos personas conciliatorias y amables que siempre encontramos la forma de que los demás se hagan amigos nuestros. Como Bruno Frey en su libro de 2004 acerca de las políticas frente al terror, podríamos creer, tanto en «zanahorias» como en «palos» y preferir las «zanahorias». Si eso es lo que creemos, Peter Bernholz es una amenaza para nuestro mundo preferido porque, por medio del concepto de los valores

supremos, Bernholz nos informa de que existen adversarios con los que y para los que el compromiso es imposible. Esos adversarios han priorizado desde el punto de vista lexicográfico objetivos que no son sustituibles. El compromiso exige sustituibilidad — la disposición a renunciar a algo para ser compensado por otra cosa. La sustituibilidad es la base del análisis económico habitual. Los valores supremos no sustituibles se encuentran en la economía en una función de bienestar de Rawls (maximizar la utilidad de los que se encuentran peor en la sociedad sin considerar la utilidad de los demás) y no en muchas otras partes. Mientras que un concepto fundamental de la economía es la elección a través de la sustitución, una ideología de valores supremos no permite la sustitución en los objetivos. Las concesiones hechas a un adversario con valores supremos serán unilaterales — no habrá reciprocidad, por lo que hay que enfrentarse con la fuerza a los adversarios con valores supremos. Llegados a este punto, podríamos declarar lo «horrible que sería si Bernholz tuviese razón», y podríamos llamarle «belicista» y «halcón». Es ostensible que el editor se negó a publicar el documento de Bernholz acerca de los valores supremos, debido a su deseo de no soliviantar a los lectores que creen (o quieren creer) que el compromiso y la conciliación son siempre posibles.

¿Existen realmente sistemas de valores supremos que no pueden llegar a un compromiso?, ¿o ha inventado Bernholz una idea para tener un tema del que escribir, lo que no es raro entre los economistas académicos? Bernholz describe ideologías de valores supremos que han existido a lo largo de las épocas. Se encuentra literalmente en su terreno al describir los valores supremos de Adolf Hitler y la ideología alemana Nacional-Socialista. Relata cómo él mismo era miembro de las Juventudes Hitlerianas, no en virtud de su elección, sino como un requisito para sobrevivir bajo un régimen totalitario de valores supremos. Para la ideología nazi, el objetivo de los valores supremos era conquistar el mundo para que gobernase la raza aria y matar a los judíos y otros pueblos considerados «inferiores». Una expresión de la ideología nazi de los valores supremos era el uso de los recursos para asesinar a los judíos, cuando podría haberse utilizado esos mismos recursos a favor del esfuerzo de la guerra — los trenes que llevaban a los

judíos a Auschwitz, Treblinka y Majdanek y otros campos de exterminio, podrían haber llevado soldados y equipo al frente.

Bernholz describe la base de valores supremos del comunismo, que también es un sistema de valores supremos. Millones de personas murieron de hambre por la colectivización soviética forzada y la confiscación de alimentos, y los que habían sido definidos como «enemigos del pueblo» no tenían escapatoria a una muerte instantánea o a las muertes más lentas en el exilio de Siberia. Los valores supremos llevaron a la colectivización de Mao, que mató a un número incontable de millones de personas. No había escapatoria para las cuatro clases prohibidas (propietarios, capitalistas, contrarrevolucionarios y derechistas), aunque los niños pudiesen declarar su lealtad a los supremos valores de la revolución y una esposa pudiese escapar divorciándose.

Genghis Khan dejaba una puerta abierta a la escapatoria. La ideología mongola de los valores supremos consistía en que los mongoles estaban destinados por designio divino a regir el mundo. Resistirse a los mongoles era, por tanto, resistirse a un decreto divino y punible con la muerte — ciudades enteras fueron masacradas—, pero manifestarse fiel a Genghis Khan permitía seguir con vida. Bernholz también describe los sistemas de valores supremos de Calvino y los Anabaptistas de Múnster, y de la Cristiandad en general. En estos sistemas había creencias que una persona podía fingir aceptar con el fin de sobrevivir. Los aztecas, a los que Bernholz llama correctamente los mexicas, y los incas, tenían sistemas de valores supremos. Los mexicas estaban extraña, pero cruelmente, obligados a seguir sacrificando incesantemente a cautivos para asegurar que el sol volviese al día siguiente. No había escapatoria para los cautivos. El sistema de valores supremos de los incas era menos cruel. La violencia y la expansión territorial eran necesarias, porque las propiedades de un rey muerto seguían siendo suyas, lo que hacía que el nuevo rey necesitase acumular sus propias riquezas y propiedades, por lo que necesitaba hacer nuevas conquistas.

Bernholz quiere que aprendamos de la historia. El Primer Ministro del Reino Unido, Neville Chamberlain, al volver de su reunión con Hitler en 1938, agitando su papel en el que aseguraba «la paz para nuestro tiempo», no había aprendido de los regímenes

de valores supremos a lo largo de la historia. Lo mismo sucedió con 'Jimmy' Carter y Bill Clinton al llegar a un acuerdo en 1994, por el que Corea del Norte desistiría de continuar con un programa nuclear. En cuanto al mundo contemporáneo, Bernholz se centra en el Islam. El objetivo de valor supremo del Islam es, como en otros sistemas de valores supremos, conquistar, convertir a la gente de todo el mundo o hacer que el mundo esté sometido al Islam (que se traduce como «sumisión»), lo que requiere, como primera prioridad, reconquistar la tierra que fue en su día territorio del Islam y se ha perdido. El restablecido estado judío se encuentra en una tierra que había conquistado el Islam, lo que hace imposible el compromiso acerca de no reconquistar Israel. Los supremos valores del Islam exigen que se reconquiste Andalucía, Sicilia, Grecia, Provenza y más lugares. Bernholz observa que los inmigrantes musulmanes se han servido del acceso a la sociedad occidental para hacer daño. Escribe (p. 79) que «un importante peligro para Occidente y los países 'Occidentalizados' se debe a los creyentes inmigrados». «Solo los que son verdaderos creyentes y tienen la oportunidad de estudiar, de informarse de la forma de vida occidental y adquirir los conocimientos técnicos necesarios, son capaces de cometer los más flagrantes actos terroristas». La descripción de Bernholz se ajusta bien a los terroristas que asesinaron a unas 3.000 personas en EE.UU. el 11 de septiembre de 2001. Bernholz nos está diciendo que la educación occidental y la familiaridad con la forma de vida occidental no modera los valores supremos musulmanes, sino que, muy al contrario, facilita el terror efectivo.

Bernholz enfurecerá a los «progresistas» (no a los liberales del libre mercado, entre los que se encuentra), cuyos principios de corrección política prohíben hacer juicios acerca de grupos concretos. Bernholz no dice que todos los musulmanes sean terroristas en potencia. Un musulmán que se haya convertido en terrorista sabe que es parte de un gran esquema definido por valores supremos y no hace falta que un líder le diga que vaya y mate y mutile a no creyentes. Como lo exigen los valores supremos, el terrorista puede estar dispuesto a entregar su propia vida con el fin de hacer daño a los no creyentes. La pérdida personal de ser despedazado por una bomba detonada por uno mismo no es grande para un creyente, caso de que sea una pérdida: el sistema de valores supremos

incentiva con la recompensa del mundo futuro en forma de las vírgenes que allí esperan. Puede esperarse que los intelectuales de izquierdas respondan con autosuficiencia a Bernholz: «quién sería tan tonto como para creerse que 72 vírgenes estarían esperándole a uno tras la muerte». Pero esto es lo que se creen los «verdaderos creyentes» en el Islam, por más que prefiriésemos que no lo creyeran.

Al informarnos de la mala recepción editorial de su documento acerca de los valores supremos, Bernholz nos informa también de la oposición intelectual a la que se enfrenta y de las burlas «progresistas» a sus observaciones. Se trata de un caso clásico de «acusar al mensajero». Bernholz no se ocupa de lo que James Buchanan ha llamado «los rompecabezas triviales» que pueden dominar los escritos académicos. Bernholz se preocupa de las perspectivas de supervivencia de la sociedad occidental civil. Los sistemas pasados de valores supremos se quedaron por el camino, pero solo después de imponer grandes costes. La penetración de los valores supremos del Islam en las sociedades que lo acogen es más insidiosa que las confrontaciones con los sistemas de valores supremos del pasado. Podía verse venir a Genghis Khan y a sus hordas y era evidente que tanto Hitler como Stalin y Mao estaban allí, y también estaba claro lo que querían. Al enfrentarse con los valores supremos del Islam, una sociedad occidental está acusando a una amplia población musulmana, de la que necesariamente no todos tratan de hacer daño. Por ello, la seguridad pública requiere un castigo colectivo público de gente inocente, incluyendo restringir la inmigración de personas que son potencialmente peligrosas, pero que pueden no tener intenciones dañinas. El dilema de situar a la sociedad occidental ante el castigo colectivo en pro de la seguridad pública es una victoria para los que, con el fin de promover su ideología de valores supremos, tratan de minar los valores occidentales.

Bernholz pone de manifiesto las consecuencias económicas de los valores supremos. Se bloquea el nuevo conocimiento, porque el nuevo conocimiento podría comprometer los valores supremos. Hitler perdió su guerra en buena parte por denunciar la «falsa ciencia» judía. Sus valores supremos eran incongruentes con los progresos científicos de los judíos. Albert Einstein y Edward Teller

y los demás que contribuyeron a la bomba atómica huyeron de Hitler y contribuyeron a su caída. El Islam, desde cierto momento se cerró al nuevo conocimiento. Los supremos valores del comunismo requerían para su aplicación la planificación y la negación del papel de los incentivos personales y mercados en la productividad individual. Los aztecas podrían haber utilizado a sus prisioneros como esclavos, en vez de sacrificios en asesinatos en masa, para asegurar que el sol volviera a salir por la mañana. Este libro es de largo alcance. Bernholz comenta las consecuencias de género de los valores supremos del Islam — tales como que se asesine a las chicas por ir al colegio. Incluye ejemplos de los tipos de chistecitos que cuenta la gente para arreglárselas cuando son víctimas de los regímenes de valores supremos y describe lo que pasa como «arte» admisible en las diferentes ideologías de valores supremos. A través de los capítulos, hay análisis formales, así como datos. En el último de los once capítulos presenta un modelo formal como resumen. Al reconocer el papel de los valores supremos, Bernholz predijo el terror islámico que ha infiltrado la sociedad occidental. La gente puede morir o ser mutilada en la feria de Navidad en Berlín, dando una vuelta por un paseo en Niza, en un tren en Madrid, comiendo fuera en París, cruzando a pie un puente en Londres, corriendo en un maratón en Boston, en su oficina en Nueva York, tomando un café en el centro de Sidney o asistiendo a un concierto en Manchester o Bruselas. China tampoco se ha librado; en un incidente, el 1 de marzo de 2014, en la estación de ferrocarril de Kunming en la provincia de Yunnan al sur de China, unos 10 asaltantes musulmanes asesinaron con cuchillos a 29 personas e hirieron a más de 130. Pero no se puede trastornar las vidas de la gente solo por el asesinato y la mutilación. Puede ser como en el abuso de mujeres en masa en Colonia, que son rodeadas y atrapadas en una multitud por hombres predadores.

Decir que un libro es una «lectura necesaria» suele ser trivial, pero no en este caso. El libro es una lectura necesaria para los investigadores de la estrategia y la economía de defensa, pero sobre todo para los políticos y administradores a los que encomendamos nuestra seguridad. Sin embargo, vivimos en una era de corrección política y posmodernismo (en donde no hay ninguna verdad o hay muchas verdades). Los progresistas que creen en el

compromiso, el poder suave y la delicadeza recíproca, tienen su verdad, y Bernholz la suya. Las diferentes «verdades» han polarizado a las sociedades occidentales. Por una parte, está la postura de que deberíamos vivir con la muerte y la mutilación por parte del terror, como vivimos con la muerte y la mutilación de los accidentes de tráfico, ya que, de otra forma, minaríamos a la sociedad civil por la prevención que implica necesariamente el castigo colectivo. Por otra parte, está la postura de que no deberíamos vivir con el terror. Los economistas tienen la solución a esta polarización, llamada el modelo de Tiebout. Este modelo describe que la gente utiliza la localización para elegir a un gobierno y las políticas congruentes con sus preferencias. La gente que no tolere el terror podría, al elegir la localización y el gobierno, elegir políticas que se previniesen el terror. Los que eligiesen vivir con el terror como lo hacen con los accidentes de tráfico, podrían tener sus sociedades abiertas y políticas abiertas de inmigración. Sin embargo, la solución de la separación de Tiebout pondría a prueba las creencias de los progresistas. Los progresistas pueden preocuparse por su seguridad personal y elegir localizaciones en las que la seguridad pública prevalezca sobre la corrección política —y protestarían, para mostrar lo mucho más amables y tolerantes que son, que los que apoyan a las políticas cautelares de defensa. Gordon Tullock (1971) predijo que los progresistas quieren ser una minoría para beneficiarse de una política apoyada por la mayoría a la que declaran oponerse. El significativo beneficio que obtienen los progresistas viene de las protestas verbales a bajo coste y las votaciones por medio de las que exhiben su identidad conciliatoria y autocomplaciente (Hillman 2010). Al mismo tiempo, se benefician de forma instrumental de las políticas que proclaman no querer.

Volvemos al punto de partida, el rechazo «de la redacción» a Bernholz. Si los progresistas son una mayoría a nivel académico y controlan las revistas académicas, los editores no querrán (o tendrán miedo de, o no tendrán el «valor» para) permitir que los «valores supremos» entren en la discusión académica. La esperanza de Bernholz es que los votantes en general y los que toman las decisiones políticas a los que la sociedad confía su seguridad, aprecien mejor la historia y sean más pragmáticos al evaluar sus argumentos.

BIBLIOGRAFÍA

- Frey, B. S. (2004). *Dealing with terrorism: stick or carrot?* Edward Elgar Publishing. Cheltenham UK.
- Hillman, A. L. (2010). «Expressive behavior in economics and politics», *European Journal of Political Economy*, 26 (4), 403-418.
- Hillman, A. L., & Ursprung, H. W. (2016). «Academic exclusion: some experiences», *Public Choice*, 167 (1-2), 1-20.
- Tullock, G. (1971). «The charity of the uncharitable», *Economic Inquiry*, 9 (4), 379-392.

Arye L. Hillman
Bar-Ilan University
Email: arye.hillman@biu.ac.il